
George Orwell

Política versus literatura
una revisión de
LOS VIAJES DE GULLIVER

George Orwell ha sido considerado como el Swift de nuestra época. La sátira, el humor negro, el sarcasmo y la ironía presentes en la despiadada crítica de Swift a la Inglaterra de su tiempo, son surcados por Orwell en su ficción literaria sobre el presente. De ahí el interés por conocer la visión de Orwell en torno a Swift, como una de las formas posibles de aprehender, en el más amplio sentido, el significado de su obra.

En *Los viajes de Gulliver* la humanidad es atacada o criticada al menos desde tres ángulos distintos, y el carácter implícito del mismo Gulliver necesariamente cambia un tanto en el proceso. En la primera parte él es el típico viajero del siglo XVIII: intrépido, práctico y poco romántico, que hábilmente impone al lector su apariencia de hombre hogareño a través de algunos detalles de su biografía. Cuando comienza la historia, Gulliver tiene 40 años y dos hijos.

En la segunda parte, Gulliver presenta, en general, el mismo carácter, pero en momentos, cuando la historia lo exige, tiende a transformarse en un imbécil capaz de jactarse de “nuestro noble país, la Señora de las Artes y las Armas, la Amenaza de Francia”, etcétera. Al mismo tiempo, es capaz de revelar todo hecho escandaloso sobre el país al que dice amar.

*Extraídos de *The Orwell Reader*, Harcourt, Brace and World, Inc., New York, 1956. Traducción de Gilda Waldman.

En el tercer apartado aparece un Gulliver muy similar al de la parte inicial aunque, al relacionarse principalmente con cortesanos y hombres letrados, se tiene la impresión de que ha ascendido en la escala social.

En la cuarta parte, Gulliver se horroriza de la raza humana, lo cual no se muestra o sólo se apunta irregularmente en los libros previos, transformándose en una especie de ermitaño no-religioso cuyo único anhelo es vivir en algún lugar desolado donde pueda dedicarse a meditar sobre la bondad de los Houyhnhnms. Sin embargo, estas inconsistencias son forzadas por el mismo Swift, dado que Gulliver es concebido fundamentalmente como contraste. Es necesario, por ejemplo, que aparezca como un ser sensible en la parte I y al menos esporádicamente como un estúpido en la parte II, porque en ambos libros el objetivo esencial es el mismo: hacer que el hombre parezca ridículo al imaginarlo como una criatura de seis pulgadas de alto. Cuando Gulliver no actúa como tonto, existe una especie de continuidad en su carácter, que se evidencia especialmente en su adaptabilidad y en su observación de los detalles físicos. El es, en gran medida, el mismo tipo de persona, con el mismo estilo de prosa, cuando desvía los barcos de guerra de Blefescu, cuando abre el vientre de la enorme rata, y cuando zarpa hacia el océano en su frágil barquilla hecha con las pieles de los Yahoos. Más aún, es difícil no sentir que en sus momentos más astutos Gulliver es simplemente el mismo Swift, y hay al menos un incidente en el cual Swift parece estar ventilando su propio resentimiento en contra de la sociedad contemporánea. Se recordará que cuando el Palacio del Emperador de Lilliput se quema, Gulliver apaga el fuego orinando sobre él. En lugar de ser felicitado por su presencia de ánimo, se encuentra con que ha cometido una ofensa capital. "Se me aseguró en privado que la Emperatriz, aborreciendo lo que yo había hecho, se mudó al costado más distante de la corte, firmemente resuelta a que nunca se repararan esos edificios para su uso; y en presencia de sus más importantes confidentes, no pudo reprimirse de jurar venganza".

De acuerdo al profesor G.M. Trevelyan ("England under Queen Anne"), parte de la razón del fracaso de Swift para ascender fue que la reina estaba escandalizada por "Tale of a tub", un panfleto en el cual Swift sentía haber hecho un gran servicio a la corona inglesa, en tanto descalifica a los disidentes y, aún más, a los católicos, dejando intacta la iglesia establecida. En ningún caso, nadie podría negar que *los viajes de Gulliver* es un libro pleno de rencor, como también de pesimismo y que, especialmente en la primera y tercera partes, adopta, a menudo y de manera clara, preferencias partidarias.

Pequeñez y magnanimidad, republicanism y autoritarism, amor a

la razón y falta de curiosidad, todo está mezclado en el texto. El odio al cuerpo humano, sentido de manera recalcitrante por Swift, es preponderante sólo en la cuarta parte, pero de alguna manera esta nueva preocupación no es sorprendente. Se siente que todas estas aventuras y todos estos cambios de ánimo podrían haberle ocurrido a la misma persona; y la interconexión entre las lealtades políticas de Swift y su desesperación última es uno de los rasgos más interesantes del libro.

Políticamente, Swift fue una de aquellas personas guiadas hacia una especie de conservadurismo perverso por las tonterías cometidas por el partido progresista de aquel momento. La parte inicial de *Los viajes de Gulliver*, ostensiblemente una sátira sobre la grandeza humana, puede ser vista, si se mira un poco más profundamente, sólo como un ataque a Inglaterra, al Partido Conservador dominante y a la guerra en Francia, la cual —por errados que hayan sido los motivos de los aliados— salvó a Europa de ser tiranizada por un poder reaccionario único. Swift no era un jacobino ni, estrictamente hablando, un conservador; su objetivo explícito en la guerra era simplemente lograr un moderado tratado de paz y no la inmediata derrota de Inglaterra. Sin embargo, hay un matiz de ironía que, en su actitud, se manifiesta —ligeramente entreverada con la alegoría— al final de la primera parte. Cuando Gulliver escapa de Lilliput (Inglaterra) a Blefescu (Francia), la suposición de que un ser humano de seis pulgadas de alto es ridículo parece ser dejada de lado. En tanto la gente de Lilliput se ha comportado hacia Gulliver de manera en extremo traicionera y mezquina, los habitantes de Blefescu se comportan generosa y rectamente. En realidad esta parte del libro finaliza en un tono diferente a la total desilusión de los capítulos anteriores. Evidentemente, el ánimo de Swift está, en primer lugar, en contra de Inglaterra. Son “tus nativos” (es decir, los compatriotas de Gulliver) a quienes el Rey de Brobdingnag considera “la más perniciosa raza de pequeños insectos odiosos que la naturaleza creó para arrastrarse sobre la superficie de la tierra”. El largo párrafo final, denunciando la colonización y la conquista extranjera, está dirigido directamente hacia Inglaterra, aunque se afirme elaboradamente lo contrario. Los holandeses, aliados de Inglaterra y blanco de uno de los más famosos panfletos de Swift, también son impudicamente atacados en la parte III. Existe aún lo que parece ser una nota personal en el pasaje en el cual Swift registra su satisfacción porque los varios países por él descubiertos no pueden ser colonias de la corona británica.

Los Houyhnhnms. en realidad, no aparecen tan bien preparados para la guerra, una ciencia para la cual son perfectos extranje-

ros. Sin embargo, suponiéndome a mí mismo como Ministro de Estado, nunca podría aconsejar que se les invadiera... Imaginar a veinte mil de ellos irrumpiendo en medio de un ejército europeo, confundiendo los rangos, volcando los carruajes, apaleando las caras de los guerreros hasta petrificarlas, con sacudidas terribles de sus flancos posteriores...

Considerando que Swift no desperdicia ni una palabra, la frase “apaleando la cara de los guerreros hasta petrificarlos” implica probablemente un deseo secreto de ver a los ejércitos invencibles del Duque de Marlborough tratados de igual manera. Hay señales similares en otras partes. Aún el país mencionado en la parte III, donde “la masa está constituida totalmente por espías, testigos, informantes, acusadores, fiscales, junto con sus distintos instrumentos subalternos y de servicio, todos bajos los colores, la conducta y la paga de Ministros de Estado”, es llamado Langdon, lo cual es, casi exceptuando una letra, un anagrama de England. Como las primeras ediciones del libro contienen erratas, puede haber sido pensado como un anagrama completo.

La repulsión física de Swift hacia la humanidad es ciertamente bastante real, pero se tiene la impresión que su desprecio de la grandeza humana, sus diatribas en contra de señores, políticos, favoritos de la corte, etcétera, tienen fundamentalmente una aplicación local y derivan del hecho de pertenecer al partido no victorioso. Swift denuncia la injusticia y la opresión, pero no da evidencias de gustar de la democracia. A pesar de sus enormes poderes, su posición implícita es muy similar a la de los innumerables conservadores de nuestro tiempo, gente como Sir Alan Herbert, profesor G.M. Young, Lord Elton, los integrantes del Comité Conservador de Reformas, o la larga lista de apologistas católicos de W.H. Mallock en adelante: especialistas en explotar pulcros chistes a expensas de todo lo que sea “moderno” y “progresista”, y cuyas opiniones son a menudo muy extremistas porque no pueden influir en el curso actual de los eventos.

Sin embargo, el matiz reaccionario de Swift no se muestra principalmente en sus afiliaciones políticas. Lo importante es su actitud hacia la ciencia, y más ampliamente, hacia la curiosidad intelectual. La famosa Academia de Lagado, descrita en la parte III de *Los viajes de Gulliver* es, sin duda, una sátira justificada a la mayoría de los así llamados “científicos” de la época de Swift. Significativamente, la gente que trabaja en ello es descrita como Proyectista, esto es, personas no involucradas en la investigación desinteresada, sino solamente en la búsqueda de recursos que ahorrarán trabajo y producirán dinero. Pero no hay señales —en realidad, en todo el libro hay numerosos signos a favor de lo con-

trario— de que la ciencia “pura” haya impresionado a Swift como una actividad valiosa. El tipo más serio de científico ya ha recibido —en la segunda parte— un puntapié, cuando los “académicos” patrocinados por el rey de Brobdingnag tratan de dar cuenta de la pequeña estatura de Gulliver:

Después de un largo debate, ellos concluyeron unánimemente que yo solo era “Relplum Scalath”, lo cual interpretado literalmente quiere decir “Lusus Naturae”; una determinación exactamente agradable a la moderna filosofía europea, cuyos profesores, desdeñando la antigua Evasión de Causas Ocultas —en tanto que los seguidores de Aristóteles se esforzaban en vano por disfrazar su ignorancia—, han inventado esta maravillosa Solución a Todas las Dificultades, al innombrable Avance del Conocimiento Humano.

Si esto fuese así, se podría asumir que Swift es simplemente enemigo de la ciencia como farsa. Sin embargo, en varios párrafos, Swift proclama la inutilidad de todo aprendizaje o especulación no dirigida hacia algún fin práctico:

El aprendizaje (de los habitantes de Brobdingnag) es muy defectuoso, consistente sólo en Moralidad, Historia, Poesía y Matemáticas, en lo cual deben sobresalir. Pero, la última de éstas está totalmente dedicada a lo que podría ser útil en la vida, al mejoramiento de la agricultura y de todas las artes mecánicas, de manera tal que entre nosotros sería poco estimado. En cuanto a Ideas, Entidades, Abstracciones y Trascendentales, no pude nunca introducir la menor concepción en sus cabezas.

Los Houyhnhnms, seres ideales para Swift, están retrasados aún en un sentido mecánico. Los metales les son desconocidos, nunca han oído de barcos, no practican —estrictamente hablando— la agricultura (se nos dice que la avena de la que viven “crece naturalmente”) y no parecen haber inventado la rueda*. No poseen alfabeto y, evidentemente no tienen mucha curiosidad acerca del mundo físico. No creen que exista ningún país habitado fuera del propio, y entender los movimientos del sol y la luna y la naturaleza de los eclipses, “es el mayor

* Los Houyhnhnms demasiado ancianos para caminar son transportados en “trineos” o “en una especie de vehículos arrastrados como un trineo”. Presumiblemente, éstos carecían de ruedas.

progreso de su Astronomía". En contraste, los filósofos de la volante isla de Laputa están continuamente tan absorbidos en la especulación matemática que, antes de dirigirles la palabra, hay que atraer su atención golpeando sus orejas con una sonaja. Ellos han catalogado diez mil estrellas fijas, han establecido los periodos de noventa y tres cometas, y han descubierto, adelantándose a los astrónomos europeos, que Marte tiene dos lunas, información toda ella que Swift obviamente contempla como ridícula, inútil y falta de interés. Como podría esperarse, él cree que el lugar del científico, si posee alguno, está en el laboratorio, y que el conocimiento científico tiene poca relación con los asuntos políticos:

Lo que me parecía inconcebible era la fuerte disposición que observé en ellos hacia las noticias y la política, perpetuamente inquiriendo sobre los asuntos públicos, dando su opinión acerca de problemas estatales y disfrutando apasionadamente cada expresión de opinión partidaria. He observado, en realidad, la misma disposición entre la mayoría de los matemáticos que he conocido en Europa, aunque nunca pude descubrir la menor analogía entre las dos ciencias; a menos que esa gente suponga que, porque el círculo más pequeño tiene tantos grados como el mayor, la regulación y el manejo del mundo no requieren, por tanto, de más habilidades que el manejo de un globo.

¿No hay algo familiar en la frase: "No pude nunca descubrir la menor analogía entre las dos ciencias?" Ella tiene, precisamente, el tono del popular apologista católico que declara asombrarse cuando un científico emite una opinión sobre temas tales como la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. Se nos dice que el científico es un experto sólo en un campo restringido. ¿Por qué sus opiniones deberían ser de valor en cualquier otro campo? La implicación es que la teología es una ciencia tan exacta como la química, por ejemplo, y que el sacerdote es también un experto cuyas conclusiones sobre ciertos temas deben ser aceptadas. Swift demanda, en efecto, lo mismo para el político, pero señala que no permitirá al científico —sea al científico "puro" o al investigador *ad-hoc*— ser una persona útil en su propia área. Aunque no hubiera escrito la parte III de *Los viajes de Gulliver* se podría inferir del resto del libro que, al igual que Tolstoy y Blake, Swift odia la idea misma de estudiar los principios de la naturaleza. La "Razón" que tanto admira en los Houyhnhnms no significa fundamentalmente el poder de extraer inferencias lógicas de los hechos observados. Aunque nunca la define, ella parece significar, en la mayoría de los casos, ya sea sentido común (por ejemplo, la aceptación de lo obvio y el desprecio por los re-

truécanos y las abstracciones) o ausencia de pasión y superstición. En general, Swift asume que conocemos todo lo que necesitamos saber, y supone que simplemente usamos nuestro conocimiento incorrectamente. La medicina, por ejemplo, es una ciencia inútil, porque si viviéramos en una forma más natural, no existirían enfermedades. No obstante, Swift no es un hombre simple ni un admirador del Noble Salvaje. Está a favor de la civilización y de las artes de la civilización. No sólo ve el valor de las buenas maneras, la buena conversación, y aun del aprendizaje literario e histórico, sino que ve también que la agricultura, la navegación y la arquitectura deben ser estudiadas, y podrían ser ventajosamente mejoradas.

Pero su objetivo implícito es una civilización estática, anodina, el mundo de su propia época, pero un poco más limpio, un poco más sano, sin cambios radicales y sin una búsqueda a tientas en lo desconocido. En contraposición de lo que podría esperarse de alguien tan libre de las falacias aceptadas, Swift reverencia el pasado, especialmente la antigüedad clásica, y cree que el hombre moderno ha degenerado profundamente en los últimos cien años*. En la isla de los brujos, los espíritus de los muertos pueden ser llamados a voluntad.

Yo deseaba que el senado de Roma pudiese aparecer ante mí en un gran cuarto, y un representante moderno in counterview en otro. El primero parecía ser una asamblea de héroes y semi dioses; el otro, una maraña de buhoneros, carteristas y rufianes.

Aunque Swift utiliza esta sección de la parte II para atacar la veracidad de la historia registrada, su espíritu crítico lo abandona tan pronto se refiere a griegos y romanos. Subraya, por supuesto, la corrupción de la Roma imperial, pero no deja de referir una admiración casi inmoderada por algunas de las figuras dirigentes del antiguo mundo.

Estaba conmovido con profunda veneración a la vista de Brutus, y pude fácilmente descubrir en cada rasgo de su semblante la más consumada virtud, el mayor valor y firmeza de mente, el más ver-

* La decadencia que Swift señala haber observado puede haber sido una realidad en ese momento. El la atribuye a la sífilis, que era una enfermedad nueva en Europa y quizá, en esa época, más virulenta de lo que es ahora. Los alcoholes destilados eran una novedad en el siglo XVII, y es posible que hayan propiciado, en un principio, un enorme aumento del alcoholismo.

dadero amor por su país, y la benevolencia general por la humanidad. . . Tuve el honor de conversar largamente con Brutus, y se me dijo que sus ancestros Junius, Sócrates, Epasinondas, Cato el joven, Sir Thomas Moro y él mismo, estaban perpetuamente juntos; un Sextumvirato, al cual todas las épocas del mundo no pueden agregar un séptimo.

Se notará que de estas seis personas, sólo una es cristiana. Este es un punto importante. Si se agrega al pesimismo de Swift su reverencia por el pasado, su falta de curiosidad y su horror por el cuerpo humano, se llega a una actitud común entre los religiosos reaccionarios, esto es, entre quienes defienden un orden injusto de la sociedad proclamando que este mundo no puede ser sustancialmente mejorado y que sólo el “otro mundo” importa. Sin embargo, Swift no muestra señal alguna de tener creencias religiosas, al menos en el sentido ordinario del término. No parece creer seriamente en la vida después de la muerte, y su idea de bondad está ligada con el republicanismo, con el amor a la libertad, con el valor, con la “benevolencia” (queriendo decir, en efecto, el espíritu público), con la “Razón”, y con otras cualidades paganas. Esto hace recordar que existe otra tendencia en Swift, no totalmente congruente con su desconfianza en el progreso y su odio generalizado hacia la humanidad.

Para comenzar, Swift tiene momentos en que es “constructivo” y aun “avanzado”. Ser ocasionalmente inconsistente es casi una señal de vitalidad en los libros de Utopía, y Swift a veces incluye una palabra de alabanza en un párrafo que debería ser solamente satírico. Así, sus ideas sobre la educación de los jóvenes son atribuidas a los lilliputenses quienes, en gran medida, comparten con los Houyhnhnms los mismos puntos de vista sobre este tema. Los lilliputenses tienen también varias instituciones sociales y legales (por ejemplo, hay pensiones para ancianos, la gente es recompensada tanto como castigada por acatar o transgredir la ley), que Swift habría deseado ver prevalecer en su propio país. En medio de este pasaje Swift recuerda sus intenciones satíricas y agrega: “al relacionar éstas y las siguientes leyes, quisiera que se entendiera que me refiero a las instituciones originales, y no a la más escandalosa corrupción en la que ha caído esta gente por la degenerada Naturaleza del Hombre”; pero así como se supone que Lilliput representa a Inglaterra, y las leyes a las que se refiere nunca tuvieron su paralelo en Inglaterra, es claro que el impulso de hacer sugerencias constructivas ha sido excesivo para él. Pero la mayor contribución de Swift al pensamiento político, en el más estricto sentido del término, es su ataque, especialmente en la tercera parte, a lo que hoy sería llamado totalita-

rismo. Swift tiene una prefiguración extraordinariamente clara de la obsesión espía del “estado policial”, con sus infinitas cazas de brujas y juicios por traición, todo ello realmente diseñado para neutralizar el descontento popular, transformándolo en histeria de guerra. Debe recordarse que Swift está infiriendo el conjunto a partir de una pequeña parte, por cuanto el frágil gobierno de su propia época no le ofrecía ejemplos concretos: está el profesor de la Escuela de Proyección Política quien “me mostró una amplia hoja de instrucciones para descubrir conjuras y conspiraciones”, el cual afirmaba que se pueden descubrir los secretos de la gente examinando sus excrementos:

Porque los hombres nunca son tan serios, pensativos y acomodados como cuando están en el inodoro, lo cual él descubrió a través de frecuentes experimentos: porque en tales coyunturas, cuando consideraba cuál sería el mejor método para asesinar al Rey, su excremento tendría un tinte verde; pero sería totalmente diferente si pensase sólo en hacer estallar una insurrección o quemar la metrópoli.

Se comenta que el profesor y su teoría les fueron sugeridos a Swift por el hecho —no particularmente asombroso o desagradable, desde nuestro punto de vista— de que en un reciente juicio estatal varias cartas, encontradas en el retrete particular de alguien, fueran puestas en evidencia. Posteriormente, en el mismo capítulo nos encontramos definitivamente en medio de las purgas rusas:

En el reino de Tribnia llamada por los nativos Langdon. . . la masa de gente consiste totalmente en delatores, testigos, informantes, acusadores, procuradores. . . Se acuerda y establece entre ellos qué personas sospechosas serán acusadas de conjura. Entonces, se confiscan todas sus cartas y papeles, y sus propietarios son encarcelados. Estos papeles son entregados a una Red de Artistas, muy hábiles en descubrir los significados misteriosos de Palabras, Sílabas y Letras. . . Cuando este método falla, tienen otros dos más efectivos, que los más instruidos llaman Acrósticos y Anagramas. Primero, pueden transformar todas las letras iniciales en significados políticos. Así, N significará conjura, B un Regimiento de Caballería, L una Flota Marítima. O, en segundo lugar, transponiendo las letras del Alfabeto en cualquier papel sospechoso, pueden descubrir las intenciones más profundas de un partido descontento. Así, por ejemplo, si yo dijera en una carta a un amigo “nuestro hermano Tom ha recibido ya las estacas”, un descifrador hábil descubriría

que las mismas letras que componen la frase pueden ser analizadas así: “Resistan: se trae una conjura a casa— La Torre”. Este es el método del anagrama.

Otros profesores en la misma escuela inventan lenguajes simplificados, escriben libros con máquinas, educan a sus pupilos inscribiendo la lección en una oblea y haciendo que la traguen, o proponen abolir la individualidad cortando parte del cerebro de un hombre e injertándolo en la cabeza de otro. Hay algo extrañamente familiar en la atmósfera de estos capítulos, porque, mezclada con ese humorismo, existe la percepción de que uno de los objetivos del totalitarismo no es solamente asegurar que la gente tenga los pensamientos correctos, sino, de hecho, hacerla *menos consciente*.

Así, nuevamente, el relato de Swift sobre el líder que reina usualmente sobre una tribu de Yahoos, y del “favorito” que primero hace el trabajo sucio y luego actúa como chivo expiatorio, se ajusta notablemente al modelo de nuestro tiempo. Pero ¿debemos inferir de todo esto que Swift era ante todo y fundamentalmente un enemigo de la tiranía y un campeón de la libre inteligencia? No: sus propios puntos de vista, en la medida en que uno puede discernir, no son marcadamente liberales. Sin duda, él odia a los señores, reyes, obispos, generales, cortesanas, títulos y vanidades en general, pero no parece pensar mejor de la gente común que de sus gobernantes, o estar a favor de una mayor igualdad social, o entusiasmarse con las instituciones representativas. Los Houyhnhnms están organizados en forma de un sistema de cartas de carácter radical: los caballos que hacen el trabajo menor son de color diferente a sus dueños y no se mezclan con ellos. El sistema educativo que Swift admira en los lilliputenses da por supuesta la distinción hereditaria de clases, y los niños de las clases más pobres no van a la escuela, porque “su ocupación es sólo labrar y cultivar la tierra. . . por tanto su educación es de escasa consecuencia pública”.

Tampoco Swift parece haber estado fuertemente a favor de la libertad de expresión y de prensa, a pesar de la tolerancia de que gozaron sus propios escritos. El Rey de Brobdingnag está asombrado ante la multiplicidad de sectas religiosas y políticas en Inglaterra, y considera que quienes poseen “opiniones públicas perjudiciales (en el contexto esto parece referirse simplemente a opiniones “heréticas”), aunque no necesariamente deben cambiarlas, deberían estar obligados a ocultarlas porque, “así como sería tiranía en cualquier gobierno solicitar lo primero, así sería debilidad no forzar a lo segundo.

Existe una indicación más sutil sobre la propia actitud de Swift en la manera en que Gulliver abandona la tierra de los Houyhnhnms. Al

menos esporádicamente Swift era una especie de anarquista; la tercera parte de *Los viajes de Gulliver* es un retrato de una sociedad anarquista, no gobernada por leyes en un sentido ordinario, sino por los dictados de la “Razón”, voluntariamente aceptados por todos. La Asamblea General de los Houyhnhnms “exhorta” al amo Gulliver a librarse de él, y sus vecinos lo presionan para que acceda. Dos razones se aducen para ello: una es que la presencia de este yahoo poco usual puede inquietar al resto de la tribu, y la otra es que una relación cercana entre un Houyhnhnm y un yahoo “no es agradable a la Razón o a la Naturaleza, ni es algo de lo cual se haya oído hablar antes entre ellos”. El amo de Gulliver está un tanto reacio a obedecer, pero la “exhortación” (se nos dice que un Houyhnhnm nunca está “obligado” a hacer nada, sólo se le “exhorta” o “aconseja”) no puede ser descartada.

Esto ilustra muy bien la tendencia totalitaria explícita en la visión anarquista o pacifista de la sociedad. En una sociedad en la que no existen leyes, y teóricamente tampoco existe compulsión, el único árbitro de la conducta es la opinión pública. Pero ésta, por la tremenda ansia de conformidad de los animales gregarios, es menos tolerante que cualquier otro sistema legal. Cuando los seres humanos son gobernados por “No harás”, el individuo puede practicar una cierta dosis de excentricidad: cuando supuestamente son gobernados por “Amor” o “Razón”, se está bajo continua presión para que el conjunto social se comporte y piense exactamente de la misma manera. Se nos dice que los Houyhnhnms eran homogéneos casi en todo. Lo único que discutían era cómo tratar con los yahoos. De otra forma, no había espacio para desacuerdos entre ellos, porque la verdad es siempre auto-evidente, o si no, es inexcrutable y carente de importancia. Ellos, aparentemente, no tenían una palabra para “opinión” en su lenguaje, y en sus conversaciones no existían “diferencias de sentimientos”. Habían alcanzado, en efecto, el nivel más alto de la organización totalitaria, el estadio en el cual la conformidad se ha vuelto tan general que no hay necesidad de la fuerza policial. Swift aprueba esto porque entre sus muchas cualidades no estaban incluidas ni la curiosidad ni la bonhomía. El disenso siempre le habría parecido absoluta perversidad. La “Razón” entre los Houyhnhnms, señala, “no es un punto problemático como entre nosotros, donde los hombres pueden argumentar con plausibilidad sobre ambos aspectos de un problema, sino que te golpea con convicción inmediata; así es como es, y nada puede ser confundido, oscurecido o descolorido por pasión e intereses”. En otras palabras, ya sabemos todo, así que ¿por qué tolerar las opiniones disidentes? La sociedad totalitaria de los Houyhnhnms, en la cual no puede existir ni libertad ni desarrollo, se deriva naturalmente de esto.

Estamos en lo correcto al juzgar a Swift como un rebelde e iconoclasta, pero excepto en ciertos asuntos secundarios, tales como su insistencia en que las mujeres reciban la misma educación que los hombres, no puede ser calificado como "izquierdista". El es un anarquista conservador que desprecia la autoridad en tanto no confía en la libertad, y que preserva la apariencia aristocrática mientras ve claramente que la aristocracia existente es degenerada y despreciable. Como ya se señaló, cuando Swift emite una de sus diatribas características en contra de los ricos y poderosos, algo podría deducirse del hecho de que él mismo pertenecía al partido menos exitoso, y de que estaba desilusionado en lo personal. Quienes están "fuera", por razones obvias, son siempre más radicales que los que están "dentro"*. Pero lo esencial en Swift es su incapacidad para creer que la vida —la vida ordinaria en la tierra, y no en una versión racionalizada e insípida— podría valer la pena de ser vivida. Por supuesto, ninguna persona honesta señala que la felicidad es *ahora* una condición normal entre los seres humanos adultos, pero quizá *podría* hacerse normal, y es este el punto nodal hacia el cual se vuelca toda controversia política seria. Swift tiene mucho en común —más, creo, de lo señalado— con Tolstoy, otro no-creyente en la posibilidad de felicidad. En ambos surge la misma apariencia anarquista cubriendo una mente autoritaria; en ambos, la misma hostilidad hacia la ciencia, la misma impaciencia con los oponentes, la misma incapacidad para valorar la importancia de todo aquello que no les interese; en ambos casos, una especie de horror al proceso actual de la vida, aunque en el caso de Tolstoy éste apareció con posterioridad y en forma diferente. La infelicidad sexual de los dos hombres no era similar, pero tenía rasgos en común: en ambos, un sincero disgusto estaba mezclado con una mórbida fascinación. Tolstoy era un libertino reformado que terminó por predicar el total celibato, mientras continuaba practicando lo opuesto aun en su extrema vejez. La presumible impotencia de Swift le hacía sentir un horror exagerado al estiércol humano; también pensaba sin cesar sobre ello, como se evidencia a través de sus trabajos. Tales personas no

*Al final del libro, como ejemplares típicos de la estupidez y el vicio humanos, Swift señala a "un abogado, un ratero, un coronel, un tonto, un lord, un tahúr, un político, un regente de prostitutas, un médico, un corrupto, un fiscal, un traidor, etcétera." Se ve aquí la irresponsable violencia de quienes están privados de poder. La lista agrupa a quienes rompen los códigos convencionales, y a quienes los mantienen. Por ejemplo, si se condena automáticamente al coronel como tal, ¿sobre qué bases se condena al traidor? O si se quiere suprimir a los rateros, deben existir leyes, lo cual quiere decir que deben existir abogados. Pero el párrafo final, en el cual el odio es tan auténtico y la razón dada para ello tan inadecuada, es de alguna manera, poco convincente. Se tiene la impresión de que está en juego la animosidad personal.

son aptas para disfrutar ni siquiera la menor porción de felicidad que se les otorga a la mayoría de los seres humanos y, por motivos obvios, no son aptas para admitir que la vida terrena puede ser mejorada. Su falta de curiosidad y, por tanto, su intolerancia, derivan de la misma raíz.

El rencor, el disgusto y el pesimismo de Swift tendrían sentido sobre el trasfondo de un “mundo próximo”, en relación al cual éste sería un prelude. Como no parece creer seriamente en ello, se hace necesario construir un supuesto paraíso terrenal, totalmente diferente a lo conocido hasta hoy, en el cual se ha eliminado todo aquello que Swift desaprueba: mentira, estupidez, transformación, entusiasmo, placer, amor y mugre. Como ser ideal, Swift escoge al caballo, un animal cuyo excremento es inofensivo.

Los Houyhnhnms son bestias terribles, esto está tan generalmente admitido que no vale la pena insistir sobre tal punto. El genio de Swift puede hacerlos verosímiles, pero en muy pocos lectores puede haber provocado algo más que desagrado. Y esto no es por vanidad herida al ver que se prefiere a los animales sobre los hombres; en relación con los yahoos, los Houyhnhnms son más parecidos a los seres humanos, y el horror de Gulliver hacia los yahoos, junto con su reconocimiento de que ellos son una especie de criatura similar a él mismo, es de una lógica absurda. Este horror lo sobrecoge al mirarlo por primera vez: “en todos mis viajes nunca contemplé —dice— un animal tan desagradable, ninguno contra el cual concibiera yo tal antipatía”.

Pero ¿en comparación con qué son desagradables los yahoos? No con los Houyhnhnms, porque en ese momento Gulliver no había visto ninguno. Puede ser sólo en comparación consigo mismo, es decir, con los seres humanos. Sin embargo, posteriormente se nos dice que los yahoos son seres humanos, y la sociedad humana se le hace insoportable a Gulliver porque todos los hombres son yahoos. En ese caso ¿por qué no concibió su disgusto hacia la sociedad humana antes? En efecto, se nos dice que los yahoos son fantásticamente diferentes de los hombres, y que sin embargo son lo mismo. Swift se ha sobrepasado a sí mismo en su furia, y grita a sus semejantes: “¡Ustedes son peores de lo que son!”

No obstante, es imposible sentir mucha simpatía por los yahoos, y no porque al oprimir a los yahoos los Houyhnhnms sean desagradables. Lo son porque la “Razón” que los gobierna es realmente un deseo de muerte. Ellos están exentos del amor, de la amistad, de la curiosidad, del miedo, del arrepentimiento, y —salvo en su sentimiento hacia los yahoos, quienes ocupan en su comunidad el mismo lugar que los judíos en la Alemania nazi— del enojo y del odio. “Ellos sienten afición por sus potros, sus mulas, pero el cuidado que se toman en educarlos procede enteramente de los dictados de la “Razón”. Valoran también la

conversación, pero en su conversación no hay diferencias de opinión, y “no se expresa nada que no sea útil, dicho con las más indispensables y significativas palabras”. Practican un estricto control natal; cada pareja engendra dos hijos, absteniéndose luego de todo contacto sexual. Los matrimonios son arreglados por sus padres, sobre principios eugenésicos y su lenguaje no contiene ninguna palabra para “amor” en el sentido sexual. Cuando alguien muere, se comportan como siempre, sin sentir ningún dolor. Se verá que su objetivo es ser, en lo posible, como un cadáver, manteniendo una vida física.

Es cierto que una o dos de las características de estos Houyhnhnms no parecen ser estrictamente “razonables”, en su propia acepción de la palabra. Así, ellos otorgan un gran valor no sólo a la temeridad física sino al atletismo, y son devotos de la poesía. Pero estas excepciones pueden ser menos arbitrarias de lo que parecen. Swift, probablemente, enfatiza la fuerza física de los Houyhnhnms para aclarar que nunca podrían ser conquistados por la odiada raza humana, en tanto que el gusto por la poesía puede figurar entre sus cualidades porque la poesía era para Swift, la antítesis de la ciencia y, por ello, el más inútil de todos los esfuerzos. En la tercera parte, Swift considera a “la Imaginación, en Encanto y la Inventiva” como facultades deseables, de las cuales carecían totalmente los matemáticos de Leputa, a pesar de su amor a la música. Debe recordarse que aunque Swift era un admirable escritor de versos cómicos, probablemente el tipo de poesía que estimaba valiosa era la poesía didáctica. La poesía de los Houyhnhnms, dice:

debe ser más excelsa que la de todos los mortales, en tanto que la precisión de sus similitudes y la exactitud de sus descripciones son, en realidad, inimitables. Sus versos abundan extraordinariamente en todo ello; y casi siempre contienen algunas exaltadas nociones sobre Amistad y Benevolencia, o Alabanzas a quienes fueron ganadores en las carreras y otros ejercicios físicos.

Ni aun el genio de Swift pudo producir un modelo según el cual fuera factible juzgar la poesía de los Houyhnhnms. Este, podría parecer mercadería barata, y no mostrar su serio conflicto con los principios de la “Razón”.

La felicidad es notablemente difícil de describir, y retratos de una sociedad ordenada y justa rara vez son atractivos o convincentes. La mayoría de los creadores de utopías “favorables”, sin embargo, están preocupados por mostrar lo que podría ser la vida si se la viviera más plenamente. Swift aboga por una renuncia a la vida, justificando esto al señalar que la “Razón” consiste en oponerse a los instintos. Los

Houyhnhnms, criaturas sin historia, continúan —generación tras generación— viviendo prudentemente, manteniendo su población exactamente al mismo nivel, evitando toda pasión, sin sufrir enfermedades, encontrando la muerte de modo indiferente, entrenando a los jóvenes en los mismos principios. ¿Y todo para qué? Para que el mismo proceso pueda continuar indefinidamente. Las ideas de que la vida aquí y ahora vale la pena vivirla, lo que podría valer la pena vivirla, o que debe sacrificarse en aras de algún bien futuro, están ausentes. El tenebroso mundo de los Houyhnhnms era tan bueno como utopía, tal como Swift lo pudo construir, aceptando que él ni creía en un “próximo mundo”, ni podía obtener placer de ciertas actividades normales. No es algo establecido como deseable en sí mismo, sino como justificación para atacar a la humanidad. El objetivo, como siempre, es humillar al hombre recordándole que es débil y ridículo y, sobre todo, que hiede; probablemente el motivo último de Swift, sea evidenciar una forma de envidia, la envidia del fantasma hacia los vivos, del hombre consciente de su incapacidad para ser feliz porque los otros —así lo teme— pueden ser un poco más felices que él. La expresión política de tal visión debe ser o reaccionaria o nihilista, porque quien la asume querrá prevenir el desarrollo de la sociedad en cualquier dirección en que se empeñe su pesimismo. Esto puede realizarse ya sea haciendo explotar todo en pedazos o, eliminando los cambios sociales. Swift, en última instancia, hizo explotar todo en pedazos de la única manera posible antes de la bomba atómica —se volvió loco—, pero sus objetivos políticos eran reaccionarios, como se ha tratado de demostrar.

Lo hasta aquí escrito podría sugerir que se está en contra de Swift, y que mi propósito es refutado o aun despreciado. En un sentido político y moral estoy en su contra, tal como lo entiendo. Sin embargo, curiosamente, es uno de los escritores que más admiro, y *Los viajes de Gulliver*, en particular, es un libro del cual resulta imposible cansarse. Lo leí por primera vez a los ocho años —para ser exactos, un día antes de cumplirlos— cuando robé y leí furtivamente la copia que me sería entregada al día siguiente, en mi cumpleaños, y no lo he leído menos de seis veces desde entonces. La fascinación que ejerce sobre el lector parece inacabable. Si tuviese que hacer una lista de seis libros a ser preservados cuando todos los otros fuesen destruidos, ciertamente pondría *Los viajes de Gulliver* entre ellos. Esto plantea el siguiente problema: ¿qué relación existe entre el acuerdo con las opiniones de un escritor, y el disfrute de su obra?

Si se es capaz de tener distancia intelectual, es posible recibir méritos en un escritor con el cual se está profundamente en desacuerdo, pero el disfrute es otra cosa. Suponiendo que exista algo así como un

buen o mal arte, entonces la bondad o maldad deben residir en la obra de arte misma, no de manera independiente del observador, es cierto, pero sí independientemente de su ánimo. Sin embargo, de algún modo, no puede ser verdad que un poema sea bueno en lunes y malo en martes. Pero si se juzga el poema por el aprecio que despierta, entonces éste puede ser ciertamente verdadero, porque el aprecio o el disfrute es una condición subjetiva, imposible de ser impuesta. En gran parte de la vida consciente, aun la persona más cultivada no tiene, ininterrumpidamente sentimientos estéticos, y la capacidad de poseer éstos es muy fácilmente destruida. Cuando se está asustado o hambriento, o se sufre un mareo o un dolor de muelas, “Rey Lear” no es mejor, pero ese es sólo un dato que se recuerda; no se sentirá el mérito de “Rey Lear” sino hasta que se esté normal otra vez. Y el juicio estético puede ser transformado desastrosamente por un desacuerdo político o moral. Si un libro enoja, hiere, o alarma, entonces no se disfrutará, cualesquiera que sean sus méritos. Si a uno le parece que es un libro pernicioso, apto para influenciar a otros de manera indeseable, entonces uno construirá probablemente una teoría estética para demostrar que no tiene virtudes. La crítica literaria vigente consiste básicamente en este oscilar entre dos conjuntos de modelos. Y también puede ocurrir el proceso opuesto: el disfrute puede sobrepasar al desacuerdo, aun cuando se reconozca claramente que se está gozando algo desagradable. Swift, cuyo mundo es tan particularmente inaceptable es, sin embargo, un escritor extremadamente popular y, por tanto, un buen ejemplo de esto. ¿Por qué no nos importa ser llamados Yahoos, aunque estemos firmemente convencidos de no ser Yahoos?

No basta con dar la respuesta usual de que por supuesto Swift estaba errado —en realidad, estaba loco— pero era un “buen escritor”. Es cierto que la calidad literaria de un libro es sólo en pequeña medida separable de su contenido. Algunas personas tienen un don natural para usar palabras, tales como otras poseen una suerte natural para los juegos. Fundamentalmente, es cuestión de precisión y de saber instintivamente cuánto enfatizar. Como un ejemplo cercano, regresemos al pasaje citado previamente, que empieza así: “en el Reino de Tribnia, llamado por los nativos Langdon”. Este párrafo extrae mucho de su fuerza de la frase final: “y este es el Método anagramático”. Estrictamente hablando, esta frase es innecesaria, porque ya hemos visto descifrado el anagrama, pero la burlona y solemne repetición, en la cual parece oírse la voz de Swift emitiendo las palabras, hace evidente la estupidez de las actividades descritas. Pero no todo el poder y la simplicidad de la prosa de Swift, ni el esfuerzo imaginativo realizado para hacer más creíbles —en relación con la mayoría de los libros de historia— toda una serie de mundos imposi-

bles—, nada de esto nos permitiría disfrutar a Swift si su visión del mundo fuera verdaderamente hiriente o impresionante. Millones de personas, en muchos países, deben haber disfrutado *Los viajes de Gulliver* viendo, en mayor o menor medida, sus implicaciones anti-humanas; y aun el niño que acepta las partes I y II simplemente como una historia, encuentra absurdo pensar en seres humanos que midan seis pulgadas de alto. La explicación estriba en que la visión del mundo de Swift no se percibe como falsa o, por lo menos, no todo el tiempo. Swift es un escritor enfermo. Observa permanentemente un ánimo depresivo, —la mayoría de la gente, está así sólo eventualmente—, como si alguien que sufriera de histeria o de los efectos posteriores de un resfrío pudiera tener la energía de escribir libros. Pero todos conocemos ese estado de ánimo y algo en nosotros responde a la expresión de ello. Tomemos, por ejemplo, una de sus obras más características, “The Lady’s Dressing Room”; se podría agregar el familiar poema “Upon a Beautiful Young Nymph going to Bed”, ¿cuál es más verdadero, el punto de vista expresado en estos poemas, o la opinión vertida en la frase de Blake “la forma humana femenina desnuda divina?” Sin duda, Blake está más cerca de la verdad, y sin embargo, ¿quién puede dejar de sentir un cierto placer al ver esa frágil delicadeza femenina, explotando de una vez? Swift falsifica su retrato de la realidad rehusándose a ver nada en la humanidad que no sea sangre, estupidez y perversidad, pero la parte que él abstrae del todo existe, y es algo que todos conocemos aunque nos estremezca el mencionarlo. Parte de nuestras mentes —en cualquier persona normal es la parte dominante— cree que el hombre es un animal noble y que la vida merece ser vivida; pero existe también un yo interno, el cual, al menos esporádicamente, se espanta del horror de la existencia. De la manera más extraña, placer y disgusto están ligados. El cuerpo humano es bello, pero también es repulsivo y ridículo, hecho que puede verificarse en cualquier piscina. Los órganos sexuales son objeto de deseo, pero también de repugnancia, tanto así que en muchos idiomas, si no que en todos, sus nombres son usados como palabras de engaño. La carne es deliciosa, pero la carnicería es enfermante. Y, en realidad, todos nuestros alimentos derivan, en última instancia, de basura y cuerpos muertos, las dos cosas que, de todas las demás, nos parecen las más horribles. Un niño, cuando ya no es más un infante pero aún contempla al mundo con ojos ingenuos, se horroriza tanto como se asombra del moco y la saliva, del excremento del perro en la calle, del sapo agonizante cubierto de gusanos, del olor sudoroso de los adultos, de la deformidad de los ancianos con sus cabezas calvas y sus narices como cebollas. En este infinito transcurrir de enfermedades, mugre y deformidad, Swift no está inventando nada, simplemente hace obvias ciertas cosas.

También la conducta humana, especialmente en política, es tal como él la describe, aunque contiene factores más importantes que Swift se rehusa a admitir. Tal como podemos ver, tanto el horror como el dolor son necesarios para la continuación de la vida en este planeta, y es posible que pesimistas como Swift digan: “si el horror y el dolor siempre deben acompañarnos, ¿cómo puede mejorarse significativamente la vida? Su actitud es, en efecto, cristiana, excepto cuando se refiere a la trampa del “próximo mundo”, la cual posiblemente sea menos importante en la mente de los creyentes que la convicción de que este mundo es un valle de lágrimas y el sepulcro, un lugar de descanso. Es, estoy seguro, una actitud errada, que podría tener efectos dañinos sobre la conducta; pero algo en nosotros responde a ella, tal como responde a las sombrías palabras del servicio funerario y al dulzón olor de los cadáveres en la capilla.

A menudo, al menos gente que admite la importancia de este tema, argumenta que un libro no puede ser “bueno” si expresa una visión falsa de la vida. Se nos dice que en nuestra propia época, por ejemplo, cualquier texto con genuinos méritos literarios será, en mayor o menor medida, de tendencia “progresista”. Ello, ignora el hecho de que a través de la historia ha estado vigente una lucha similar entre progreso y reacción y que los mejores libros de cualquier periodo siempre han sido escritos desde distintos puntos de vista, algunos de ellos palpablemente más falsos que otros. En la medida en que un escritor es un propagandista, lo más que se le puede pedir es que crea genuinamente en lo que dice, y que ello no sea algo deslumbrantemente estúpido. Hoy, por ejemplo, uno puede imaginarse un buen libro escrito por un católico, por un fascista, un pacifista, un anarquista, quizá un liberal del viejo estilo, o un conservador común. Uno no puede imaginar un buen libro escrito por un espiritualista, o por un miembro del Ku Klux Klan. Los puntos de vista de un escritor deben ser compatibles con la salud, en el sentido médico, y con el poder de un pensamiento continuo. Más allá de ello, lo que le pedimos es talento, lo cual sea quizá otro nombre para la convicción.

Swift carecía del sentido común, pero poseía una enorme lucidez capaz de seleccionar una única verdad escondida, magnificándola y distorsionándola. La permanencia de *Los viajes de Gulliver* demuestra que, si la fuerza de la creencia está detrás de ella, una visión del mundo que sólo apruebe el test de la normalidad es suficiente para producir una gran obra de arte.